

sacro y lo profano de esas dos líneas se ha intensificado la trascendencia de su sentido apelando a la vez al sentimiento místico sugerido por la Jerusalem de una Tierra Santa ideal y al sentimiento pagano, sensual y poético que evoca la imagen de la rosa celebrada por el poeta de Chios y por el paganismo de Catulo. ¿Por qué este poema que ofrece la clave del libro parece escondido en la penúltima página? ¡Femenina coquetería de artista! ¿Cómo decir que el libro que se os pone en las manos es como la noche: toda llena de gemas silenciosas? Y ¿cómo no decirlo, si se es sincero consigo mismo? ¿No es acaso uno de los más impúdicos agravios que puede infligirse a las letras hispanoamericanas esa falta de valor para expresar cándidamente cuanto se piensa, así de las obras como de los artistas?

Y luego el poeta sabe que sus mejores obras son un don de los dioses. Por eso siempre habló y siempre continuará hablando de obras inspiradas, al referirse a los más bellos frutos de su genio. Toda alma de artista se deleita en su obra con la cordialidad de quien admira bellas cosas ajenas, espectáculos de la Naturaleza. El enfermizo egotismo del artista comienza cuando por insensato orgullo confunde lo que es un don de los dioses con el mero esfuerzo de su ingenio.

Este soneto, *El Anfora Sedienta*, es y continuará siendo una de las más bellas joyas de la poesía hispanoamericana. Contiene un credo de artista y un credo de filósofo místico-pagano de noble estirpe.

El poeta cree en la gloria que se alcanza por el arte como un poder de atracción irresistible que evoca las fuerzas creadoras del alma; cree asimismo que tras la lucha dolorosa que demanda la revelación de todo mártir-genio viene la hora sonrosada de la luz cuando los hombres ciñen coronas de rosas y laurel sobre las cabezas que fulminaron antes con su iracunda incompreensión. Cree en la belleza femenina como expresión de la perfecta hermosura de los seres y las cosas, así como en la subordinación de las cosas a todos los seres con alas. Cree, como todos los artistas, que el relámpago genial suele surgir de la confusa niebla de emoción y de idea difundida en la caótica esfera del alma en sus instantes sagrados de creación, porque toda creación comienza con la nebulosa en cuyo seno se agita el espíritu. Por eso el poeta cree en la noche y la neblina. Sabe, asimismo, que jamás sabrá decir

con claridad de mediodía lo que es apenas un crepúsculo o una aurora en el fondo de su ser. Y es esto precisamente lo que se infiltra en la obra de arte y la hace atrayente, trascendente, evocativa. Es esta potencia de crepúsculo y de aurora lo que constituye la seducción del simbolismo en el arte.

Y su credo concluye con la declaración de que cuanto él tiene en su corazón es rosas. Esto ya no es el credo, es afirmación de esencia. Aquí está el mundo de la emoción que equilibra el mundo de la mente. La emoción no cree, ella es.

Pero su mundo de emoción no es turbulento, no crece allí la amapola de rojo tempestuoso, sino la rosa, noblemente apasionada, anacreóntica y pagana.

Un perfecto credo de artista en el cual tienen cabida los dos mundos en que él se mueve: mente y emoción.

Y este credo, discretamente disimulado hacia el fin del volumen, como que expresa la personalidad del artista, se cumple en el conjunto del libro, que es la revelación de un cabal artista por temperamento, por aspiración y por cultura.

Y ante todo, su temperamento se traduce en la visión de artista que posee. Percibe la realidad con exactitud, pero la idealiza: le impone el sello de su personalidad, como si tuviese la más rocallosa certidumbre de que la mera fotografía es un arte secundario. Su poema *Las Mariposas* está lleno de esas finas observaciones a que se habituaron sus ojos tropicales, pero la fotografía no existe. La imagen viva todo lo transforma.

*Nuestra piel atigrada nació en el terciopelo*

Eso es bastante para que veáis las mariposas tras que corristeis cuando contabais ocho años; ellas eran alados pensamientos de los jardines; un terciopelo era el encanto de vuestros dedos y de vuestros ojos.

En ocasiones este poder de transformar la realidad deja una extraña impresión y se pregunta uno si no habrá en este poeta un definitivo predominio de artista sobre el hombre. Si leéis su *Balada de los ojos oscuros*, que es de una exquisita delicadeza, ideal y musical, no sabrías decir si la emoción artística ha sido en el autor más poderosa que la producida por la mujer misma.

La vida de familia deja en el poeta impresiones de arte sereno y sutil, sin acentos de pasión. Tal se me ofrece en *Padre mío*, que comienza:

El es el mediodía de mis piedras preciosas:  
mis carbunclos se encienden de angustia  
[por él;

La emoción ha trascendido todo su reino para alzarse al mundo de la ima-

ginación. En la *Abuela Petronila*, dice el poeta:

Mi amor es junto a la losa  
de la abuela dolorosa  
un príncipe que solloza.

Aquí es, asimismo, evidente que la imagen artística priva sobre la emoción de dolor.

A veces el realismo se insinúa en su visión; pero entonces el artista idealiza el ambiente, como ocurre en *La Escuela de la Niña Lola*, en donde se hallará este rasgo:

Tarde de escuela bajo el aguacero:

¡rosal  
de rosas de cristal  
yo quiero  
ver tus rosas, punzarme en tus espinas,  
y caídas y pálidas las alzo.  
*Yo soy aquel que bajo el aguacero  
cantando su canción, iba descalzo!*

Estos dos últimos versos contienen todo un bello fragmento de adolescencia del poeta, os explicáis su amor por el agua, tan de manifiesto en toda su poesía. La imagen vitaliza la expresión de su realismo. Es ella, precisamente, la que idealiza la realidad de su mundo.

*Por tu leyenda pasan mis reyes peregrinos.*

Dice el poeta y al punto proyectáis hacia un pasado indeciso—el pasado de lo que fué real y ahora es poético—un amor de ensueño, una vida de mujer que es como la atmósfera donde respiran nuestros ideales en viaje de reyes peregrinos.

*¡Que tremendo sería  
si se tronchara el cáliz azulado del día!*

Y veis la flor maravillosa de la luz universal, abierta hacia el azul de los cielos—y os imagináis lo tremendo que sería ver cayendo la infinita corola de tal flor cerúlea.

*En vuestros finos dedos se ha enredado la  
[sombra*

dicen las mariposas crepusculares y miráis las madejas de la noche desarrollándose en torno de las alas frágiles.

Una joven se dispone a desposarse. El poeta dice:

*En el temblor de gracia de mis jardines, veo  
que se rasga un naciente botón primaveral,  
y que en el aire prende su más fino deseo,  
como sobre un encaje, siringa nupcial.*

¿No es esta, acaso, una muy sutil manera de ofreceros una visión de su memoria donde son botones por abrirse los recuerdos de las mujeres jóvenes

**JORGE R. AGUILAR**  
ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

**Dr. ODIO DE GRANDA**

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO  
de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.  
EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857